

HABLAMOS DIFERENTES IDIOMAS, PERO UNA MISMA LENGUA. MULTILINGÜISMO Y PEDAGOGÍAS EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Por RAMÓN NAYA ORTEGA y LOURDES PRADES ARTIGAS. Cádiz: Editorial Universidad de Cádiz, 2023. 215 páginas. ISBN: 978-84-9828-861-2

Tras el sugerente título *Hablamos diferentes idiomas, pero una misma lengua. Multilingüismo y pedagogías en las Brigadas Internacionales* se esconde una interesante obra que presenta, de forma original y novedosa, las juventudes internacionales que acudieron a servir y combatir por la causa del ejército republicano durante la Contienda Civil española. Sus autores, Ramón Naya Ortega y Lourdes Prades Artigas, nos ofrecen un amplio y exhaustivo análisis de esta experiencia de asociacionismo juvenil internacional *ad hoc*, y sin precedentes, que aconteció en España entre 1936 y 1939 y que convocó a más de 35.000 personas de muchos lugares del mundo. Recordemos que las Brigadas Internacionales fueron voluntarios extranjeros que se incorporaron al ejército de la República, en su mayoría comunistas, aunque también socialistas, socialdemócratas, republicanos que mantenían una actitud antifascista, cuyo deseo principal era ayudar al gobierno de la República a fin de combatir el avance de los fascismos en Europa y, en este caso particular, en España.¹

Sabido es que en Europa, especialmente en el periodo de entreguerras (1918-1942), tuvo lugar una gran movilización de la juventud, principalmente con fines militares y bélicos. De este modo, la juventud adquirió un gran protagonismo en el contexto cultural europeo. Si en épocas precedentes a la Gran Guerra la movilización de la juventud era

¹ Rosa María Sepúlveda Losa, *Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la Historia* (Albacete: Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales, 2006), 16.

parcial, el enfrentamiento bélico mundial significó la movilización total. Además de que prácticamente la totalidad de la producción técnica se puso al servicio de la guerra, la disponibilidad constituyó otro rasgo esencial de un planteamiento que contó con el levantamiento total de las masas, aspecto que también afectó a la juventud. En efecto, los movimientos juveniles militarizados irradiaron a lo largo y ancho de la geografía europea. Con antecedentes de asociaciones juveniles como los Wandervögel alemanes, fundados en 1896, o los propios Boy-Scouts, cuyo primer campamento había sido organizado por el general Baden-Powell en 1907 en Inglaterra, los movimientos juveniles que surgen después del final de la Primera Guerra Mundial adolecen de un espíritu militarizado. Nos referimos, por ejemplo, a la Obra Nacional Balilla, movimiento juvenil totalitarista que nació dos años después de la marcha sobre Roma de 1922 y que constituyó una fuente de reclutamiento y nutrición del fascismo de Mussolini; o a las Juventudes Hitlerianas que iniciaron su andadura por la radicalización de la juventud en contra de las condiciones impuestas por las potencias vencedoras en el tratado de Versalles a Alemania. Cabe subrayar que la Hitlerjugend se fue apropiando del ideal de la comunidad popular, del mito de la sangre y de la raza, de la fe en la misión de la juventud y del pueblo alemán en su conjunto. Sin embargo, como subyace a lo largo de la obra de Naya y Prades, las Brigadas Internacionales tenían un carácter diferencial, a saber, cultural y pedagógico, de las juventudes fascistas, tal y como sus autores intentan destacar a lo largo de sus páginas.

En concreto, el texto que nos ocupa está estructurado en nueve capítulos que abordan, de forma transversal y debidamente documentada, la singularidad pedagógica de las Brigadas Internacionales, movimiento militarizado que reunió a jóvenes de diversas procedencias de los cinco continentes –de hecho, se han contabilizado 53 nacionalidades distintas– bajo la causa común de lucha contra el fascismo. Cabe decir que no es la primera obra escrita a cuatro manos que estos autores nos presentan sobre el tema de las Brigadas Internacionales. En el año 2018, por ejemplo, ya habían escrito un texto titulado «El idioma no importa, los hombres libres hablan su lengua».² Asimismo, resulta obligado mencionar el

² Ramón Naya Ortega y María Lourdes Prades Artigas. «El idioma no importa, los hombres libres hablan su lengua», en *Hasta pronto, amigos de España. Las Brigadas Internacionales en el 80 aniversario de su despedida de la Guerra Civil española*, eds. Francisco Alía Miranda, Eduardo Higuera

capítulo «Una nueva torre de Babel. El aprendizaje de lenguas en las Brigadas Internacionales», en el que los dos autores analizan la pluralidad lingüística de este movimiento juvenil y la superación de esta dificultad en un entorno de analfabetismo. En este artículo examinan los diversos periódicos inter-brigadistas, diarios murales, la prensa y la radio como medios para afrontar el reto de la multiplicidad idiomática de sus voluntarios.³

Pero volvamos sobre la interesante obra que aquí nos ocupa. Después de introducir la metodología y el análisis bibliográfico, sus autores presentan un esbozo de lo que fueron históricamente las Brigadas Internacionales. En un segundo capítulo, justifican por qué se denominó como el «Babel de la Mancha» a la ciudad de Albacete, para ya, en el tercero, relatar la organización de las Brigadas Internacionales por lenguas. Como no podía ser menos, en un estudio cabal y completo de esta asociación juvenil se ha de incluir un análisis de la prensa interbrigadista y de los periódicos murales que sirvieron ora como órgano de comunicación, ora como herramienta para aprender español por parte de los voluntarios extranjeros. De hecho, estas unidades militares estuvieron compuestas por jóvenes procedentes de más de cincuenta países e, independientemente de su lugar de origen, habían de entender las consignas relacionadas con la organización militar. A esta prensa dedican sus autores el cuarto capítulo de la obra.

El siguiente capítulo se centra en la cruzada contra el analfabetismo y cómo se organizaron las escuelas, milicias de la cultura y los hogares del combatiente. Cabe recordar que la mayoría de los voluntarios internacionales procedía de zonas industriales y rurales y no sabían ni leer ni escribir en castellano. Los autores de la obra, Naya y Prades, recuerdan que la contienda para erradicar el analfabetismo fue una continuación de la labor iniciada por el gobierno de la Segunda República. Las misiones pedagógicas, entre otros ejemplos, permiten ilustrar las iniciativas que durante el periodo republicano se llevaron a cabo para que la

Castañeda y Antoni Selva Iniesta (Albacete: Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales, 2019), 176-190.

³ Naya Ortega, Ramón y María Lourdes Prades Artigas, «Una nueva torre de Babel. El aprendizaje de lenguas en las Brigadas Internacionales», en *¿Pasarán? –Kommunikation im Spanischen Bürgerkrieg. Interacting in the Spanish Civil War*, eds. Julia Kölb, Iryna Orlova, y Michaela Wolff (Viena: New Academic Press, 2020), 49-66.

cultura llegara a las masas y viceversa. De esta forma, tal y como demuestra el capítulo quinto de esta interesante obra, la lucha contra el analfabetismo fue una constante de la política educativa del gobierno republicano –que ya se había recogido en la Constitución de 1931, en los artículos 48, 49 y 50– que se prolongó durante la subsiguiente contienda civil tanto en el Ejército Popular como, en particular, en las Brigadas Internacionales. De hecho, la erradicación del analfabetismo se concebía como una victoria contra el fascismo criminal. Así, todas las brigadas y batallones disponían de una escuela de analfabetos. En definitiva, al fascismo había de combatirlo con las armas y con la cultura. Ni más ni menos.

Tanto fue así que incluso se proyectó la creación de las Milicias de la Cultura, integradas por maestros y organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública. Desde un principio se constató que la formación cultural, política y la alfabetización de los brigadistas, en caso necesario, además de aumentar su nivel político, fortalecía la capacidad combativa de las tropas. Añadida, por tanto, a la lectoescritura para los analfabetos, se realizaban lecturas colectivas; incluso alguna vez se propuso que mientras la tropa comía, alguien informara en voz alzada de las principales noticias de la prensa, para que todos estuvieran informados de las efemérides más relevantes. No obstante, de entre todas las formaciones, una de las más importantes fue, sin duda, la del aprendizaje del español. Ante el multilingüismo de los voluntarios, dadas sus distintas procedencias, se trataba de intentar enseñar el español como lengua vehicular para agilizar y optimizar el tiempo de instrucción militar. Además, el español permitía a los brigadistas tanto comunicarse entre los miembros de una misma compañía, como interaccionar con la sociedad civil.

El sexto capítulo se dedica al aprendizaje de las lenguas. Ante la realidad multilingüe y multicultural de las Brigadas Internacionales, el sistema más utilizado para el aprendizaje de idiomas fue la inmersión lingüística. Siempre se trató que el aprendizaje fuera en doble sentido, a saber, no únicamente que los voluntarios internacionales aprendieran español, sino que también los autóctonos adquirieran nociones de francés, inglés, alemán, polaco o rumano, si era el caso. A este fin, se organizaron cursos intensivos de aprendizaje de lenguas. Teniendo en cuenta el contexto bélico en el que todo esto ocurría, se aconsejaba que los cursos fueran breves, concentrados y de dos fases. Una primera fase que

consistía en preparar las lecciones, y una segunda que se basaba en las explicaciones de estas lecciones por parte del profesor de compañía a los alumnos. En realidad, todo el aprendizaje lingüístico se hacía de forma oral, no había escritura porque, en última instancia, la finalidad era entenderse de forma rápida.

Vale la pena mencionar, asimismo, que junto al aprendizaje de las lenguas, los brigadistas habían de adquirir una cierta capacitación en táctica y estrategia militares además de otra serie de materias. No puede olvidarse que, ante todo, eran voluntarios militares. Entre las materias que se enseñaban estaban las matemáticas, cultura general geografía, historia, etc., aunque también conocimientos de topografía y de orientación en el terreno.

En otro orden de cosas, los capítulos séptimo y octavo se dedican a las escuelas de oficiales y de delegados políticos y a los hospitales como centros de enseñanza, respectivamente. A decir verdad, todo ejército que se precie, y en contextos bélicos con mayor razón, necesita de una escuela para la formación de mandos superiores, de oficiales. En este sentido, las Brigadas Internacionales no fueron una excepción y pronto se detectó la necesidad de enseñar a los comisarios que, en muchas ocasiones, procedían directamente del frente y eran personas escogidas por sus buenas aptitudes y actitudes demostradas en el campo de batalla. Se diseñó, en estas escuelas de comisarios y a este fin, un programa de treinta y seis días de duración con un total de 285 horas lectivas que abarcaba tres ámbitos principalmente. A saber, Instrucción política, Instrucción militar e Instrucción de la lengua española, nada más y nada menos. Junto a esta ambiciosa formación de oficiales, se organizaban una serie de tertulias políticas, dirigidas principalmente a los delegados de guerra de cada batallón. Por su parte, también los hospitales se convirtieron en centros improvisados de enseñanza aprovechando la forzada convalecencia de muchos voluntarios heridos en los diversos combates librados durante la Guerra Civil. No puede obviarse que también el personal sanitario de los hospitales fue un ejemplo manifiesto de la solidaridad internacional con la República, sanitarios procedentes de los rincones más inverosímiles del planeta que se sumaban a la atención y cuidado de los enfermos y lastimados por la guerra. Pasada la urgencia médica y la evacuación, se aprovechaba el internamiento sanitario de los hospitalizados para seguir su formación, tanto cultural como idiomática.

Visto lo anterior, el noveno y último capítulo, antes de las conclusiones, trata el tema de la convivencia de los brigadistas con la población civil. En muchas ocasiones, los brigadistas foráneos no eran bienvenidos; en general su presencia generaba desconfianza. Sin embargo, con el paso del tiempo, los combatientes foráneos acababan ganándose la confianza de la población civil. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, colaborando con los campesinos del lugar en las labores agrícolas, limpiando calles u ofreciendo atención sanitaria, entre otras muchas labores. Conviene recordar, en este momento, que para estos voluntarios extranjeros que formaron las Brigadas Internacionales, no solo era necesario sobrevivir en el frente, sino también subsistir y convivir en la retaguardia. De este modo, también los tiempos de ocio –periodos de descanso en la retaguardia– compartían actividades con las diferentes poblaciones que se encontraban, como competiciones deportivas, partidos de fútbol, carreras de obstáculos, celebración de conciertos, proyecciones de cine, actividades festivas u otros actos culturales.

A tenor de lo expuesto, como puede deducirse de la lectura de esta obra, desde un principio se concibió que lo importante en estas Brigadas Internacionales, que dieron lugar al «Babel de la Mancha» por la pluralidad lingüística que en ellas se hablaba, no era simplemente la formación militar y bélica, con la exclusiva finalidad de organizarse y coordinarse para la lucha armada, sino también la cruzada cultural. Había que combatir el fascismo, no únicamente con las armas, si no de forma intelectual, a través de la cultura, del pensamiento, de la emancipación educativa y de la alfabetización, en el peor de los casos. Tal y como recogen los autores en las conclusiones, la auténtica razón de ser de las Brigadas Internacionales no se encorsetó en la lucha contra el enemigo fascista, sino que desplegaron en el territorio diferentes labores humanitarias, como la cruzada contra el analfabetismo o la protección y la formación de la infancia.

Con todo, esta obra, como se ha visto, cubre un vacío historiográfico que es el estudio pormenorizado de las Brigadas Internacionales como unidades, mucho más que militares o bélicas, de formación cultural. Sin lugar a dudas, fueron espacios esencialmente educativos que gozaron de una propuesta pedagógica superando abiertamente los límites de la formación castrense. Si bien no es el primer trabajo que aborda la singularidad de las Brigadas Internacionales, cabe subrayar que, desde un

punto de vista de la memoria y de la Historia de la Educación, este texto destaca la vertiente pedagógica de este movimiento juvenil, aspecto desconocido o, por lo menos, parcialmente explorado hasta la publicación del documento que tenemos entre manos. De hecho, en este ámbito un clásico conocido es el libro del oficial de Artillería Martínez Bande.⁴ Su obra se ha centrado en el encuadramiento militar de las brigadas, así como en las diferentes batallas y frentes que cubrió, desde la llegada de los primeros voluntarios deportistas a Barcelona en julio de 1936 para celebrar la Olimpiada Popular –efeméride que pretendía ser una contestación a los Juegos Olímpicos de Berlín en los que el régimen totalitarista liderado por Hitler pretendía ensalzar el nazismo– hasta la salida de los brigadistas hacia su país de origen después del amargo episodio de la batalla del Ebro en 1938.⁵

Junto al anterior, también cabe mencionar el estudio de Rosa María Sepúlveda en que nos ofrece un recorrido fotográfico a través de su trabajo *Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la Historia*. A lo largo de las imágenes que se recogen en el volumen, se pueden observar láminas que ilustran la presencia de conocidos personajes internacionales que puntualmente visitaron los brigadistas o formaron parte de este ejército. Por ejemplo, Ernest Hemingway que viajó a España para realizar un reportaje sobre la Guerra Civil y junto al cineasta Joris Ivens grabó el documental «Tierra de España», o el propio Rafael Alberti junto con su esposa, María Teresa León, entre otros. A decir verdad, la propia filósofa y activista política y social de origen judío, Simone Weil, formó parte de la Columna Durruti, según nos informa uno de sus biógrafos y estudiosos Josep Otón.⁶ Resulta necesario mencionar que la Columna Durruti fue una columna de milicias populares de ideología anarquista del Ejército Popular de la Segunda República Española. Estos personajes, junto con otros conocidos intelectuales de la talla de Pablo Neruda, George Orwell, Jean Paul Sartre, Albert Einstein, Aldous Huxley,

⁴ José Manuel Martínez Bande, *Brigadas Internacionales* (Barcelona: Luís de Caralt, 1972).

⁵ Sobre el fatídico suceso de la Batalla del Ebro, la última esperanza de la República, un mapa de la obra de Víctor Hurtado señala de forma excelente cómo el ejército republicano, incorporando las Brigadas Internacionales, intentó franquear el río Ebro por diversos puntos a fin de, posteriormente, reforzar con contingente material y personal la línea de fortificaciones de la Generalitat de Catalunya. Véase: Víctor Hurtado *Las Brigadas Internacionales. Atlas de la Guerra Civil Española* (Barcelona: DAU, 2013), 59.

⁶ Josep Otón Catalán, *Simone Weil: el silencio de Dios* (Barcelona: Fragmenta Editorial, 2021), 35.

Thomas Mann o Virginia Wolf, por citar algunos, apoyaron la causa republicana y, en concreto, las Brigadas Internacionales.

Por último, cabría afirmar que, frente a otros movimientos juveniles militarizados del periodo de entreguerras europeo, las Brigadas Internacionales, a diferencia de, por ejemplo, los Balillas italianos, la Hitlerjugend alemana o el Frente de Juventudes franquista, no solo intentaron adoctrinar a la juventud, sino que fueron una cruzada, además de alfabetización, de emancipación cultural de los combatientes que formaron parte de ellas. Conviene recordar que si bien muchos voluntarios internacionales eran intelectuales, profesionales liberales, estudiantes o artistas, la mayoría, más o menos un 80%, era de clase obrera.⁷ Por tanto, más que un movimiento juvenil militarizado, las Brigadas Internacionales fueron, ante todo, un lugar de aprendizaje y formación cultural para muchos de los voluntarios que las integraban. A lo largo de las páginas de este libro se pone de manifiesto la voluntad pedagógica y educativa que caracterizó el talante de este reclutamiento internacional en el que, si bien se hablaban diferentes idiomas, se colaboraba en una misma lengua, como el propio título sugiere. Y esta es, en suma, la singularidad de este interesante movimiento juvenil, tal y como Ramón Naya y Lourdes Prades constatan en esta obra cuya lectura recomendamos encarecidamente.

Isabel Vilafranca Manguán
Universitat de Barcelona
ivilafranca@ub.edu

⁷ Sepúlveda Losa, *Las Brigadas Internacionales*, 16-17.